

Coronavirus... ¿Asedio al cuerpo?*



MARÍA TUIRÁN ROUGEON**

PHILIPPE CANDIAGO***

Asociación Lacaniana Internacional (ALI), París, Francia

Coronavirus... ¿Asedio al cuerpo?

Nuestra condición de hablantes suprime la posibilidad de una relación inmediata con el espacio y el tiempo en favor de un mundo de apariencias a interpretar. Si el sujeto del inconsciente encuentra refugio allí, es en la medida en que está en el exilio. Jugándole trucos a las declaraciones de la comunicación consciente, trabaja por su reconocimiento, logrando solo mostrar signos de un síntoma, dado que el cumplimiento de su deseo provocaría un eclipse. El período de incertidumbres en el que nos ha precipitado la epidemia de covid-19 favorece, no sin angustia, la agitación de este extintor de neurosis, así como las creencias en la eficacia de las autoridades científicas, religiosas o políticas. Lo Real de la enfermedad vino a articular los efectos subjetivos ligados a las medidas para proteger la vida, cuestionando las formas que tiene esta vida humana. Es también el enigma de la existencia humana y las pasiones colectivas lo que esta pandemia cuestiona, rearticulando el instante de ver, el tiempo para comprender y, finalmente, el momento de concluir, quedando por el momento en suspenso.

Palabras clave: sujeto del inconsciente, pandemia, Real, tiempos lógicos, vida humana.

Coronavirus: Body under siege?

Our condition as speakers suppresses the possibility of an immediate relationship with space and time in favor of a world of appearances to be interpreted. If the subject of the unconscious finds a shelter there, it is to the extent that it is in exile. Playing tricks on the declarations of conscious communication, he works for its recognition, succeeding only in showing signs of a symptom, since the fulfillment of his desire would cause an eclipse. The period of uncertainty into which the epidemic of COVID-19 has plunged us has facilitated, not without anxiety, the agitation of this neurosis extingisher, such as beliefs in the efficacy of scientific, religious or political authorities. The real of the disease came to articulate the subjective effects linked to measures to protect life, questioning the forms that this human life has. It is also the enigma of human existence and collective passions that the pandemic questions, rearticulating the instant of seeing, the time for understanding and, finally, the moment of concluding remaining for the moment in suspense.

Keywords: subject of the unconscious, pandemic, Real, logical times, human life.

Coronavirus... Virus au corps?

Notre condition de parlêtre abolit la possibilité d'un rapport immédiat à l'espace et au temps, au profit d'un monde de semblant à interpréter. Si le sujet de l'inconscient y trouve asile, c'est en tant qu'il y est en exil. Jouant des tours aux énoncés de la communication consciente, il travaille à sa reconnaissance, n'y parvenant qu'à faire symptôme. La réalisation de son vœu en provoquerait l'éclipse. La période d'incertitudes dans laquelle l'épidémie de COVID-19 nous a précipité, favorise, non sans angoisse, l'ébranlement de cet éteignoir de la névrose, comme des croyances en l'efficacité des instances, scientifiques, religieuses ou politiques, qui lui font litière. Le Réel de la maladie est venu articuler les effets subjectifs liés aux mesures de protection de la vie interrogeant les formes de cette vie humaine. C'est aussi bien l'énigme de l'existence humaine et des passions collectives qu'interroge cette pandémie, réarticulant l'instant de voir, le temps pour comprendre... le moment de conclure restant pour l'heure en suspens.

Mots-clés: sujet de l'inconscient, pandémie, Réel, temps logiques, vie humaine.

CÓMO CITAR: cómo citar: Tuirán Rougeon, María y Candiago, Philippe. "Coronavirus... ¿Asedio al cuerpo?". *Desde el Jardín de Freud* (2021): 41-54, doi: 10.15446/djf.n21.101220.

* Traducción a cargo de Pío Eduardo Sanmiguel Ardila. Profesor asociado, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Universidad Nacional de Colombia. e-mail: pesanmiguela@unal.edu.co

** e-mail: m.rougeon@free.fr

***e-mail: phi.candiago2019@outlook.fr

© Obra plástica: Lesivo Bestial



1. Serafín es el nombre que se dio a la reforma tarifaria de los establecimientos y servicios para personas inválidas. Llama la atención que a esta reforma se le haya dado el nombre de uno de esos ángeles de seis alas que se hallan más cerca de Dios, ardiente de luz y de amor.

IRRUPCIÓN DE LO REAL...

Obediencia, indignación y dignidad. Tres significantes que tejen una epopeya sorprendente, la de la dignidad del hombre, que es también la de su aspiración a la libertad, así como la de su disponibilidad para la sumisión. Una muchacha, responsable de área en el campo médico-social, evoca la “cosa que le llegó, una cosa sobre Serafín¹, llegan las tarifas, no entendí nada. Estamos desposeídos de nuestras palabras, ya no somos nosotros los que describimos nuestro trabajo, es alguien más, un gestor u otra persona, la que describe nuestro trabajo. Son 100 páginas y es incomprensible... Si me piden que acepte esto, aceptaré algo que no entiendo, por cansancio, por hastío...”. Estos comentarios recuerdan los de tal director que habla de los controles que ejercen los poderes públicos sobre la actividad de su institución: “¡lo vivo mal! El estudio nacional de costos es de un control enloquecedor. A partir del presupuesto dices lo que haces y si no es lo previsto, te encienden. También hay colores para evaluar, el azul es el bueno. Estaba contento de tener azul... Estoy contento... No puedo desentenderme de ello porque es el dinero necesario para la vida de la asociación, para los empleos”.

Estos dos dirigentes dan fe, cada cual a su manera, de los mecanismos de control y de las prescripciones que se han impuesto en los diferentes estratos de las instituciones. No es el hecho de ser controlado lo que les molesta, sino que no logran hallar en tales controles, en tales directivas, un enganche con lo real que sí encuentran en el ejercicio de sus oficios. Lo que preocupa a tales dirigentes es también lo que llaman su facultad para conformarse, la cual prolongan con una pregunta sobre su eventual disponibilidad para la servidumbre.

De manera ciertamente indirecta, tales testimonios no dejan de lado necesariamente las causas de los movimientos contestatarios que sacuden al planeta, y que el argumento de invitación a escribir para este número de la revista *Desde el Jardín de Freud* aborda, convocatoria en línea con los comentarios que hiciera en 2018, así lo recuerdo, António Guterres, secretario general de las Naciones Unidas. Hablaba de las tensiones, de los disturbios que se avivan en todos los continentes contra los poderes establecidos. En aquella ocasión aportó una preciosa precisión: “tales insurrecciones

no eran resultado de un mismo problema”, sino que, de manera más enigmática, “hablaban de un mismo real que incumbía al conjunto de las naciones”.

En un primer tiempo, resulta difícil seguirlo; es difícil relacionar las guerras que desgarran a Siria o a Yemen con las obstinadas manifestaciones en Argelia, o con los movimientos sociales que ocurren por aquí y por allá en Europa. Tales protestas nada tienen que ver con poderes equivalentes. ¿Y entonces? ¿El Real que Guterres evoca es constitutivo de la cultura misma, en la medida en que el rasgo de lo simbólico viene a profanar el abundar de la naturaleza? Para Freud, la cultura combina su progreso con fuertes restricciones ante las cuales los hombres son recalcitrantes, tanto a título individual como colectivamente. Esta “recalcitrancia”, llamémosla así, puede querer tanto eximirse de la ley que reencontrará en la ordalía como honrarla hasta el hartazgo en una penitencia infinita “por no bastarle nada debido a no quedar satisfecho”.

Este es el contexto geopolítico en el que una crisis sanitaria vino a sacudir a la humanidad entera. El 1.º de diciembre del 2019 en Wuhan, capital de la provincia de Hubei en el centro de China, se declaró una epidemia de lo que fue primero llamado coronavirus y luego COVID-19. Ya el 23 de enero del 2020, 11 millones de habitantes se vieron por fuerza confinados por decreto del Estado, medida que muy pronto se extendió a toda China. Fue Italia el primer país en Europa que, el 23 de enero, se despertó con 11 comunas en situación de confinamiento para luchar contra la propagación del virus. Francia empezó a preocuparse y a organizarse, y el 16 de marzo por la tarde el presidente de la República, durante su alocución por televisión, anunció a los franceses el confinamiento a partir del día siguiente a mediodía. Desde entonces, el 11 de mayo y el 2 de junio son las dos fechas que han jalonado lo que concordamos en llamar desconfinamiento.

Esbozamos esas referencias a tiempos pasados apoyándonos en intercambios con nuestros colegas del Círculo Psicoanalítico del Caribe, con quienes propusimos, en una carta dirigida al Ministerio de Salud en Colombia, partir de la referencia a lo que Lacan llamó los tiempos lógicos, con el sofisma: instante de la mirada, tiempo para comprender y momento de concluir², intentando llegar a ciertas consideraciones que merecerían subrayarse a propósito de la pandemia que vivimos a nivel planetario.

Los caprichos meteorológicos del verano austral de 1914 a 1915 destruyeron todas las estrategias para conquistar la Antártida. Otra aventura comienza. Tras 400 días a la deriva y en medio de témpanos y de un lento naufragio, Shackleton logró una hazaña pasmosa al llevar a buen puerto a todos sus compañeros del *Endurance*. En su bitácora de a bordo, Shackleton había anotado que, en medio de la mayor frustración, sus compañeros, desorientados en un paisaje virgen, no habitado aún por la imaginación humana, vació de toda referencia significativa, como en una prisión natural, aun cuando

2. Jacques Lacan, *Écrits* (París: Du Seuil, 1966), 204.

fueran tres, siempre contaban uno más de los que eran y no lograban ubicarse. ¿A dónde se había ido el que faltaba? El que faltaba no faltaba; todo esfuerzo por contar les sugería siempre que había uno de más, y por lo tanto uno de menos.

El 28 de marzo de 1962 Lacan se refiere a esta expedición y nos dice: “Pueden palpar en ello la aparición, en estado desnudo, del sujeto, que no es más que eso: la posibilidad de un significante de más, de un 1 más, gracias a lo cual él mismo constata que hay uno que falta. El espacio y el tiempo están vinculados a la existencia del inconsciente”³. El punto de vista topológico de Lacan es una manera de abordar el asunto del punto, de la puntuación. La puntuación inscribe el tiempo en el espacio.

No resulta exagerado considerar que actualmente nos hallamos asimismo ante un gran desconocido que ha llegado para cuestionar el saber científico y médico y trastocar ciertas coordenadas que servían de referencia, así como a cuestionar también nuestras vidas y vincular de una manera particular el tiempo y el espacio con la instalación del confinamiento. Nos vemos ante el requerimiento de permanecer en nuestros espacios de vida privada, privados de ir y venir a nuestro antojo, privados de vida social, trastocados en los espacios tradicionales de trabajo, haciendo entrar estos en lo privado, con el teletrabajo, y ello durante un tiempo que fluctuaba a medida que evolucionaba la situación. Un espacio definido en un tiempo de contornos poco nítidos. Gracias a las nuevas tecnologías, tales espacios, vida pública, vida privada, parecen estar presentes en un continuo como en una banda de Moebius, que define al mismo tiempo lo continuo y lo discontinuo; asistimos a la intrusión de la escena pública y colectiva en la escena íntima privada, y viceversa.

En un primer tiempo, ese momento de ver, ante el que podemos nombrar una puesta a la luz de lo real, ante ese tiempo suspendido, hemos tenido que buscar los puntos de apoyo psíquicos propios de cada cual: ese deseo que nos compromete en nuestro oficio, esa preocupación por el otro, que nos impone mantenernos disponibles “para quien necesite de nuestras orejas”. Si continuamos con nuestra referencia al tiempo lógico, debemos considerar que al instante de ver sigue un tiempo para comprender, un movimiento que se produce cuando comprendo que lo que le ocurre al país vecino puede ocurrir en el mío y, en consecuencia, puede ocurrirme a mí (en este caso: la muerte en su versión real), y esto debería producir un movimiento hacia el acto de concluir. Sobre ese tiempo para comprender dice Lacan: “La referencia de un ‘yo’ a la común medida del sujeto recíproco, o también: otros en cuanto tales, es decir: en cuanto que son otros los unos para los otros”⁴; ¿pero podemos decir que es ese el momento de concluir? A nuestro juicio, hay algo que queda en suspenso, en ese movimiento hacia el acto de concluir, puesto que de esta enfermedad todavía no lo sabemos todo, y porque en la sucesión de las medidas actuales se plantean muchos

3. Jacques Lacan, *L'identification. Séminaire (1961-1962)* (París: Association Freudienne International, 1995), 209.

4. Lacan, *Écrits*, 211.

interrogantes. No conocemos aún todos sus efectos. Por el momento, se trata para cada cual de protegerse, pero también de proteger a los demás y de portar juntos una responsabilidad a nivel local, nacional y hasta mundial; de ahí el hecho de que deba yo *com-prender* el confinamiento.

El confinamiento ha estado ahí dos meses, pero señalemos que, entre el instante de ver y el tiempo para comprender que se trataba en efecto de una epidemia, hubo un lapso en el que algunos gobiernos y millones de personas no lo aceptaron y fue en un orden disperso que los Estados tomaron disposiciones necesarias, a veces divergentes a las de sus vecinos, para responder al riesgo de contagio; las prohibiciones y las recomendaciones no pasaron necesariamente por las mismas coordenadas. Y quienes por fin reconocieron que sí se trataba de un peligro real, tendrán su propia pandemia y su propio encierro qué vivir, cada uno de manera diferente, y así posponer la peste que los amenaza. En otras palabras, ese momento de concluir se manifestará de manera diferente según las naciones. Como ya lo dijimos más arriba, no estamos seguros de que podamos concluir, en el sentido en que aún estamos en pleno periodo de crisis, y que, después, tendremos que ubicar sus efectos. En otras palabras, lo que resulta de un después definitivo por un antes del momento solo es resultado de lo imaginario.

Durante días, las manifestaciones de lo real que acarrea ese virus, así como todas las medidas tomadas, dieron duro. Hemos tenido cada vez menos la posibilidad de recibir a nuestros pacientes, a nuestros analizantes, lo cual nos ha obligado a flexibilizar el marco: suspender... tener noticias esporádicamente... conversaciones telefónicas u otras; siempre con la preocupación por nuestros pacientes, por nuestros analizantes, y por la de los equipos. En cuanto a una posición analítica, recordemos que nuestra ética psicoanalítica no es el resultado del bien soberano, que equivale asimismo al mal. Nuestra ética está basada en el deseo en la medida en que, más allá de toda idealización, se trata de asumir la incompletitud, ese real de la falta que nos constituye como sujetos de deseo y que nos compromete con ese deseo supuesto, hasta pagar el precio que le es concomitante y consustancial. Basta con invitar a quien lo quiera, a hallar en la palabra enunciada, en la palabra dirigida a quien la recibe, los significantes que le permitan bordear esta laguna, no colmarla. Por eso en la clínica psicoanalítica se trata uno por uno, sin posibilidad de generalización más allá de su práctica, de proponer el uso de la palabra, teniendo el analista a cargo el mantener su escucha en la ubicación del significante. Debemos permitir que el trabajo prosiga, aún a distancia, porque, en efecto, ante la pandemia, hay manifestaciones particulares, angustias desbordantes, miedos diversos difusos, pasos al acto violentos, contra sí o contra los demás... El analista no tiene por qué arremeter ni contra la pandemia ni contra los efectos psicológicos del COVID-19, sino contra los efectos subjetivos, contra lo que

afecta en cada ser hablante que se dirige a nosotros, siguiendo la huella del significante que le es propia. Ese paso de recibir a personas en presencia de los cuerpos, a un recibir en el que solamente la pulsión invocante es solicitada a través de la voz, permitió el mantenimiento de vínculos y, para algunos, la apertura de campos que hasta entonces habían permanecido en la sombra. En cambio, al pasar de los días podemos ubicar su límite: la ausencia del lugar y de los cuerpos hacen que la dimensión tercera ya no esté presente y que, en consecuencia, se haya instalado una tendencia a la palabrería.

Las manifestaciones de lo real han tomado la delantera decididamente; en la medida en que la crisis sanitaria actual es mundial, nueva, ha desorganizado los conocimientos médicos o, por lo menos, ha interrogado nuestra creencia colectiva en su eficacia. Ante este imposible, el cuerpo médico necesita, como los demás, hallar puntos de apoyo subjetivos. ¿Es posible suponer que la falla, una laguna en los conocimientos científicos y médicos, tiene un efecto en la dimensión fálica de ese supuesto saber? Una posición psicoanalítica sería un envite hecho, a quienes nos dirigen una demanda, para poder bordear esta laguna en el conocimiento que sostiene nuestra condición humana por entero, apuntalada en la relación de transferencia. La función de la atención, del cuidado, que toma apoyo ante todo en el registro materno, hace parte integrante de la medicina y del cuerpo médico en general. Nos parece que esta última dimensión puede ser interpelada a fin de que los agentes de salud puedan hallar un punto que los sostenga y les dé al mismo tiempo una dirección.

Igualmente, los actores socioeducativos se han visto confrontados con una reevaluación de sus acciones y a una reorientación de su modo de intervención. Si evoco a los educadores del servicio de prevención dentro del que yo trabajo, es porque hay dos principios fundamentales de su acción que se han visto afectados: “la presencia social” en los barrios vulnerables y el “ir hacia”, principios en los que encuentran los puntos de apoyo y la legitimidad necesaria para su trabajo. Al referirse a su propia ética profesional, y teniendo en cuenta al mismo tiempo las consignas gubernamentales, se han movido para adaptar su modo de intervención, pero manteniendo su preocupación por los demás. En el momento en que el cuerpo se ve afectado por un virus agresivo y fácilmente transmisible, lo que está en retirada en la relación con el otro es el cuerpo. Durante este tiempo de confinamiento el teletrabajo ha adquirido una amplitud en nuestros oficios y el uso de las técnicas modernas de comunicación, las redes sociales (WhatsApp, Messenger, Instagram, Zoom), han pasado al primer plano. Por supuesto, durante estos días son el medio del que disponemos para seguir cerca de los demás, para sostenernos juntos, para mantener el lazo y la solidaridad que nos ayudará a sobrepasar la crisis, aun cuando esta respuesta encuentre prontamente su límite, en razón del distanciamiento de la consistencia real del cuerpo, el cuerpo propio y el

cuerpo del otro, así como del lugar institucional que nos reúne. Ha sido necesario estar atentos a no ceder a la pendiente imaginaria a la que se invitaba sin mucho ruido.

Como ya lo hemos aludido, el momento de concluir queda parcialmente en suspenso; tal vez a la espera del retorno del mensaje que nos viene del Otro. A partir de lo que hemos tenido que escuchar, diríamos que en ese retorno el mensaje comporta varios elementos.

Estos días de confinamiento han favorecido la explosión del uso de pantallas y muchos somos los que nos hemos preocupado por los riesgos de adicciones, en particular para los jóvenes, aunque no solamente. Cuando un niño, un adolescente y hasta un adulto de hoy deja físicamente a los demás, con todo lo que ello implica, regresa a su intimidad sin poder introducir corte. No hay lugar, no hay espacio o tiempo para recuperar sus propios puntos de apoyo estructurales, sus propias impresiones, puesto que se encuentra en un vínculo permanente con aquellos que acaba de dejar físicamente, gracias a las nuevas tecnologías que le dan esta ilusión de continuidad, de ausencia de límite en el tiempo y el espacio. Hoy en día vivimos en un mundo regido todo el día por pantallas, por el teléfono celular, las tabletas, los computadores, fenómeno acentuado con la pandemia. La dimensión real del cuerpo es hecha a un lado, solo le queda su dimensión imaginaria; en el *a posteriori* habremos de estar atentos a este asunto: ¿cómo reaccionaremos, qué será necesario reinstalar, qué posibilidad tendremos de retomar el riesgo del encuentro con el otro en presencia del cuerpo? Tendremos que dar atención particular a los adolescentes, para quienes los anudamientos *RIS* (de lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico) no operan completamente, y quienes, en esta ocasión, han encontrado la manera y justificación para escabullirse de la instancia fálica que los convida a comprometerse, como hombre o como mujer, en el vínculo social. No siendo este el objeto del escrito, nos contentamos aquí con aludir a lo que la clínica de los adolescentes, relacionada con las adicciones, nos enseña.

Esta obligación de confinarse nos invita a suponer los efectos que tuvo, y que tendrá aún, en las poblaciones menos favorecidas en materia de alojamiento, en los que viven ya de manera confinada debido a las características de sus viviendas (las llamadas viviendas de interés social): ¿cómo han podido soportar compartir espacios tan estrechos entre varios? ¿No aparecen riesgos de pasos al acto, de violencia? ¿Y qué de las manifestaciones, poscrisis, de la indignación a través de movimientos contestatarios? Si el Gobierno francés ha tomado un cierto número de medidas para paliar la crisis relacionada con el cese de actividades, las poblaciones de los barrios llamados sensibles y los asalariados precarios ¿tendrán una sensación de no respeto a su dignidad?

Además, el confinamiento llegó en el momento del año en que algunos de nuestros pacientes, los que son más sensibles particularmente a los cambios de

estación, se vuelven a movilizar, vuelven a vivir, a degustar la alegría de la vida, de la naturaleza. Tal vez haya quienes lo han vivido más difícilmente. Ante este virus y en el confinamiento que le siguió, nos hallamos todos ante lo desconocido y ante la incertidumbre de lo que vendrá después, todos como un adolescente ante lo real de lo sexual nos vemos convidados a buscar nuestros puntos de apoyo subjetivo. La clínica psicoanalítica nos enseña cuán iguales somos a este respecto. Así como al alcohólico ante las diferentes rupturas que han tejido su recorrido de vida, la avidez nos aprisiona, y puede ser un recurso para algunos. ¿Qué ocurrirá con nuestra relación con los objetos positivados, tóxicos o no, como posible alivio de la angustia que puede surgir ante la incertidumbre de la mañana siguiente, ante la finitud que muestra su versión real?

En las sesiones por teléfono con analizantes y con trabajadores sociales que hablan de su práctica, no es raro hacer referencia al alivio que pueden vivir algunas madres por algunos hijos, teniendo la escuela adentro. Podemos compartir la sorpresa ante la obediencia a las consignas de “distanciamiento social”. Como si, para esas madres y esos hijos, quedarse en la casa, confinados, permitiera sentirse aliviados de la orden de salir de su cascarón, de inscribirse en el lazo social, de inscribir a los hijos en un lugar colectivo; el COVID-19 les da todas las razones del mundo para permanecer encerrados y para funcionar de a dos. Me parece que este será también un punto al que habrá que dar una atención particular en el acompañamiento del posconfinamiento.

Las preguntas que surgen, en el momento en que nos hallamos, giran en torno a cómo retomar a partir del desconfinamiento. Las medidas preventivas [en francés: “medidas barrera”] se prescriben para que la contaminación y el confinamiento no retornen. ¡Qué signifiante tan particular: “medidas barrera”! Como si nos viéramos invitados a “barrar” al otro, o a nosotros mismos, a menos que terminemos levantando una barricada contra el otro. Más allá de ese primer tiempo de descifrado de ese signifiante, deberemos, nos parece, tomar acta de este. Será una manera de preocuparse por el otro inventando siempre la posibilidad de un vínculo de palabra plena, palabra basada en un real compartido en nuestra condición humana y de ciudadanía que nos compromete. Citemos otra vez a Lacan: “Bastará con hacer aparecer en el término lógico de los demás el mínimo disparate para que se manifieste allí hasta qué punto la verdad para todos depende del rigor de cada cual, y también que la verdad, al ser alcanzada únicamente por unos, puede engendrar, si no confirmar, el error en los demás”⁵. Una manera de recordarnos que la constitución del sujeto, así como de la vida colectiva, se funda en una difracción. A este respecto, lo real de la enfermedad de la crisis sanitaria ha sido un momento de contrastes en que tanto las exigencias de la cultura como los excesos para imponerlas han sido importantes: plegarse o distanciarse de ello.

5. *Ibíd.*, 112.

LA CULTURA ES UNA COMBINATORIA...

Claude Lévi-Strauss había establecido un antes y un después. Para el antropólogo, la naturaleza resulta de lo universal, la cultura cobra en lo particular. Antes del significante no hay cultura, tras el significante la naturaleza ya no existe sino como mito. Habríamos podido pensar que pondría la ley en el fundamento de la cultura, pero no: sitúa allí la regla, “la *regula*”, que es tanto un patrón que permite el juicio como un instrumento de rectificación y cuya significación serán las prescripciones morales; en últimas, ¿no exigen estas acaso “mantenerse a raya”, apelando, por qué no, a su transgresión?

Solo una regla hace excepción a todas las demás, nos dice Lévi-Strauss, pues empalma no la naturaleza con la cultura sino lo universal con lo particular. La prohibición del incesto presenta esta especificidad que consiste en manifestarse en toda sociedad, aun cuando toda sociedad le hace excepción cuando se tiene en cuenta desde el punto de vista de otra sociedad. Escuchemos a Lévi-Strauss:

[...] la prohibición del incesto es el proceso a través del cual la naturaleza se sobrepasa a sí misma; enciende la chispa bajo la acción de la cual una estructura de un nuevo tipo y más compleja se forma y se superpone, integrándolas, a las estructuras más simples de la vida psíquica, así como estas últimas se superponen, integrándolas, a las estructuras, más simples que ellas mismas, de la vida animal. Opera, y por sí misma constituye, el advenimiento de un orden nuevo.⁶

Una combinatoria entre la irrupción de lo simbólico y una regla de excepción que funda una exclusión: es en esta articulación donde la cultura encuentra su vía. ¿Por qué Lévi-Strauss sitúa su punto de entrada a nivel de lo sexual? Porque la satisfacción de la necesidad sexual (dice, ateniéndose al campo de la necesidad) es la única que requiere, para realizarse, de la estimulación del cuerpo del semejante (Lévi-Strauss no usa el significante “*autre*” sino “*autrui*”, el cual rearticula “*hetero y alienus*” con el bien del “prójimo”).

En cierta forma, si la cultura se define por la regla que sucede a la falta, le asocia de inmediato la idea del bien del prójimo, y hemos entonces embarcados en la epopeya del hombre. El campo del Otro y el del sujeto se forjan y dialectizan en el paso de lo instintivo a lo pulsional, abriendo paso a una satisfacción extraña, en la que la presencia hace valer una ausencia y en la que la ausencia apela a una presencia. El sujeto, colgado del significante, es destinatario de la ambición de este de hacer uno, así como de su facultad para fracasar en ello; recibe asimismo la prueba del vacío y la de un mandato potencial, un efecto de sentido y de no sentido que producen en él esta tensión del deseo. ¿Es la castración algo diferente a esta articulación en “no todo” que nos divide? “Todos somos los elegidos de la castración —afirma C. Melman— por



6. Claude Lévi-Strauss, *Les structures élémentaires de la parenté* (Berlín-Nueva York: Ediciones Mouton de Gruyter, 1947), 29.

el hecho de que hablamos”. La castración confiere tanto a los hombres como a las mujeres su virilidad; será interpretada y llamada de manera diferente de un lado o del otro y podrá inspirar sacrificios excesivos: es la “recalcitrancia” de la que habla Freud, que exige mucho más que las leyes del lenguaje.

La castración no tiene ninguna necesidad de que se la cubra de majestad, y, sin embargo, nuestra tradición no ha dejado de entronizarla en figuras imaginarias, fundadoras de ese mundo de las palabras. El padre al que Lacan cambió el nombre por el de “Nombres del Padre” es el resultado de esta operación de lenguaje elevada a instancia suprema: “que permite al hombre no ser un agregado al servicio sexual de la madre”. Y añade que “la agresión contra el padre está en el principio de la ley y que la ley está al servicio del deseo que esta instituye a través de la prohibición del incesto”⁷. ¿Acaso no estamos allí una y otra vez?

La religión no es únicamente asunto de Dios, la buena palabra se desliza en la buena nueva y, si las voces del Señor son impenetrables, las de las iglesias están cargadas de sentido que llama a la obediencia. Nuestra apetencia por el sentido en toda la polisemia del término es atestiguada: directivas o significaciones son necesidades para no perderse en ese mundo de las palabras. Pero el sentido presenta también una pendiente hacia la univocidad. ¿Hay acaso poder más atento a su hegemonía?

Freud afirmaba que las religiones representaban la continuación de lo infantil en el hombre, al articularse con esta experiencia de desasosiego del niño ante una pareja parental a la que tiene todas las razones de temer y de la que espera, sin embargo, toda la protección⁸. Todos hemos tenido esa experiencia: el niño recibe mensajes cargados de sentido que constituyen tanto mandatos como invitación a constituir su identidad, y recibe también algo que escapa a los enunciados, que lleva a una pregunta: “¿qué me quiere?”. Dos registros son movilizados en la palabra: el del sentido, necesario para no verse perdido, pero al cual podemos estar apegados hasta la saturación; y el que corre bajo la comunicación, que se hace escuchar claramente en los lapsus, pero que la mayor parte del tiempo circula como elemento discreto, incansable perturbador de lo continuo, de la univocidad del sentido; una corrupción a través del “paso de sentido” que representa cierta forma el “home” del ser hablante, lugar también donde el sentimiento religioso y los motivos morales se articulan: “tal es el sentido desde siempre que acompaña la afirmación Dios está muerto”, nos dice Jean-Daniel Causse⁹.

7. Lacan, *Écrits*, 852.

8. Sigmund Freud, *L'avenir d'une illusion* (1927) (París: PUF, 1995), 17.

9. J-D. Causse, *Lacan et le christianisme* (París: Ed. Campagne Première, 2018), 25.

DEFENDERSE DE ELLO...

Si la institución está en el fundamento del deseo, articula también su reabsorción, realiza un increíble trabajo de saturación del “vacío de dios” a través del mensaje divino. La

espiritualidad es un asunto de fe, su revés dogmático una pastoral del sentido. Si la religión hace del deseo la falta original que da fe a nivel de lo sexual de la corrupción del mundo, es porque hace agujero en el sentido, lo sensualiza y lo articula como saber.

Desde siempre la saturación del mundo por el sentido ha sido confiada a la burocracia. Esta se hace cargo de la dogmática, garantiza su difusión. Una burocracia es instrumento que apunta a preservar el mundo de la subjetividad. Ni las religiones ni la ciencia son burocracias, pueden dejarse capturar por esta escritura sin dirección que reedita lo infinito de un inmediato eterno expurgado del pecado original; en cierta forma, es una escritura sin sujeto que podría lograr volver a decir. Aquí no se trata de hablar como se escribe, donde el sujeto se eclipsa, sino de hablar como está escrito. Tal vez Freud diría de la burocracia que no se la puede superponer a la administración, que se trata de la pulsión de muerte en operación. El neurótico, a manera de funcionario atento, puede sentirse allí como pez en el agua, y tanto más cuando se sirve del dialecto obsesivo; es también el pecador que dispone de claves para que “como por accidente” la vida vuelva.

La burocracia es una policía, independientemente de la forma que tome, que está al servicio de lo que viene a funcionar como poder. Necesita de un amo al cual servir. Ayer, la dogmática extraía su legitimidad de la transferencia generalizada de la religión. El proyecto moderno de emancipación del hombre ha vuelto a barajar las cartas y la burocracia se ha puesto al servicio de las ideologías y más aún de sus derivas totalitarias. La burocracia se despliega cuando el poder, independientemente de dónde se sitúe, por encima o por debajo, nos pone locos de goce al pretender abolir el malestar en la cultura. Las democracias no son indemnes a la extensión burocrática del poder: se baten incesantemente, aunque no sin éxito, contra la pulsión de muerte, esa cara oscura de la institución que presenta la facultad de poder prescindir de una moral a otra, de un amo al otro. De la escolástica a lo políticamente correcto, prosigue incansablemente su obra de refutación de la combinatoria de la alienación y de la separación.

La gobernanza ha venido a sustituir al gobierno; este es un significante que se ha impuesto tanto en las instancias internacionales como en las empresas o también en las instituciones común y corrientes. Como lo señala Corinne Gobin, la gobernanza prescinde del vocabulario político de la democracia social en pro del de la gestión¹⁰. Lo “políticamente correcto” es un florilegio de palabras que, encajadas las unas en las otras, producen un discurso desprovisto de dirección, adaptándose sin contradicciones a toda situación sin engancharse con ninguna: eso es una burocracia. La gobernanza da cuenta de la toma de poder del cálculo por sobre la deliberación, de la *ratio* por sobre el logos, produce sistemas de organización, de decisión y de control, que la palabra

10. C. Gobin, “Le discours programmatique de l’Union européenne: d’une privatisation de l’économie à une privatisation du politique”, en *La légitimation du discours politique. Sciences de la Société* 55 (2002): 156-169.

no logra bordear. A diferencia de las religiones, presenta la particularidad de poder deshacerse de la transferencia para dar asiento a un ideal objetivable.

Un oyente, no muy atento, puede por lo general tener esta experiencia de la palabra inconsecuente en nuestras ondas de radio. Se trata de un dispositivo de comunicación que vira hacia la liturgia del bien, una vez que una reforma suscita ciertas reservas: “no hemos hecho suficiente pedagogía, no nos hemos explicado lo suficiente, hay que redoblar esfuerzos para hacer entender a nuestros conciudadanos...”, según el adagio de que no hay malos alumnos sino malos profesores. Esto permite situar al ciudadano, al elector, en esta posición de alumno a veces indisciplinado, pero que *in fine* está equivocado. Su desacuerdo no es una objeción política sino una falta de comprensión. Creemos escuchar a ese querido Rousseau cuando describe su proyecto educativo que busca que nada venga a corromper la acción de la naturaleza: “que el alumno crea siempre ser el maestro, y que sean ustedes quienes lo sean. No hay sujeción más perfecta que la que conserva la apariencia de la libertad. Sin duda el niño no debe hacer lo que quiere, pero solo debe querer lo que ustedes quieren que él haga [...]”¹¹.

En Francia, muchas son las instituciones que han dado ese viraje hacia lo gerencial, asunto de girar en redondo. La gerencia no ha llegado a imponer una sana gestión monetaria, los gerentes de hoy no son mejores gestionando que sus predecesores. ¿Entonces de qué se trata? ¿Constituyen un servicio del bien, erigido sobre la idea tan antigua, articulada con la fascinación por esta armonía natural, de que no sería corrompida por lo sexual? La gerencia se presenta como el clericalismo de la gobernanza a través de los números: produce una colonización burocrática de la vida colectiva en nuestra modernidad. Es lo que evocan en nuestra introducción esos dos responsables.

La gerencia moviliza una palabra inconsecuente, es el nudo de lo que ha llegado a ser la dificultad ordinaria de las instituciones. La dialéctica a veces conflictiva del debate de ideas necesaria para la vida de un grupo resulta revocada en pro de una exigencia de armonía: es la famosa armonización sin uniformización. Todo el mundo entiende que lo que interesa es lo uniforme. Eso no funciona, por supuesto, y se convierte en luchas de poder, en sobrepujas fálicas: “soy yo quien lo tiene” o también “soy yo quien lo soy”. En rehuída, la transmisión de la información se sustituye por la práctica de la palabrería y los cuerpos se ausentan: aumenta el ausentismo; se instala un fenómeno de desvinculación, apoyado en la refutación del defecto estructural de la cultura. No es como en las religiones del libro, situado del lado del pecado, que es rebajado a nivel del error de juicio o, más preocupante aún, de una mala intención: “¡Se equivocan ustedes, tal vez están buscando confundirme!”.

11. J-J. Rousseau citado por Rémi Brague, *Le règne de l'homme. Genèse et échec du projet moderne* (París: Gallimard, 2015), 204-205.

¿Qué diferencia al soberano del señor feudal? El primero es el representante de un padre muerto. ¿El segundo tiene que ver con una instancia viva que exige los testimonios de una lealtad que él hace repercutir en sus vasallos? ¿La proliferación de la jefatura que no deja de sorprendernos en el universo gerencial es un síntoma de los juegos de alianza, de los testimonios de sumisión y de gratificación exigibles bajo el régimen del señor feudal?

El universo gerencial provoca un efecto de estupor, en el que la falta ha de salir al descubierto permanentemente. Acá tenemos los fermentos del sufrimiento en el trabajo, del *burn-out* o acoso. ¿Qué nos acosa, qué nos consume? Podríamos plantear la hipótesis de que la gobernanza, a través de los números, la búsqueda de la exactitud que esta promueve, se establece en la búsqueda de una imagen de armonía. Independientemente de la nación, de la empresa, de la institución, su preservación se impone. A esta tarea se aplica la burocracia gerencial, una tarea irrealizable que apela siempre a más verificación de correcciones, sin que haya esperanza de éxito allí puesto que es una grieta que da su consistencia a una imagen.

¿Cuál es el asunto con que Lacan abre su seminario sobre la ética del psicoanálisis? Subraya el universo de la falta. Acaso la burocracia resulte de un culto de la falta, falta que hay que desterrar, falta que, sin embargo, regresa incansablemente, que remite, nos dice Lacan, a esa falta oscura, fundadora de la cultura. Lo que llamamos la gerencia no es únicamente la movilización de técnicas de gestión; enciende, vuelve a dar vida a este universo, menos de la falta que de la atracción mórbida de la falta. Ya la falta no estaría mal, no divierte, pero Lacan articula allí, además, ese registro de lo atractivo, de un plus de goce, el que las democracias sostienen bajo el celemín de su precariedad.

¿De qué es culposo el gerente? Es doblemente culposo, y es aquí donde proponemos articular el *burn-out*; es culposo porque no puede realizar una empresa imposible que es la de restablecer la imagen perdida, cuando en realidad él sabe, como lo sabe todo sujeto, que esta empresa va contra lo que lo funda como sujeto. Se agota en su esfuerzo por derogar esta ley: “[...] que a lo real el hombre lo supone, como conviene, puesto que suponerlo no compromete a nada, a nada más que a conservar su salud mental. Es decir, ser conforme a la norma del hombre consiste en esto: que él sabe que está lo imposible [...]”¹².

OTRA VEZ... “NO HAY RELACIÓN SEXUAL...”

En un primer momento, la crisis sanitaria hizo arder la burocracia; nos veíamos cotidianamente asaltados por el número de enfermos, de muertos; nada tranquili-

12. Jacques Lacan, *Les Non-dupes-errent. Séminaire (1973-1974)* (París: Ediciones de la Association Lacanienne Internationale, 1974), 101-102.

zador, extenuante. Y luego hubo un estado de urgencia sanitaria y esas medidas de confinamiento tan estrictas, al punto de que algunos, hasta en el Senado en Francia, se preocuparon por las libertades públicas. El gobierno trastabilló al creer que debía presentarse como sin falla, lo cual se transformó en cacofonía: este es un efecto de lo gerencial. El gobierno hizo desaparecer vivas críticas al hacer la demostración de que, bajo la égida de la economía de mercado mundializada, gobernar ya no consiste en prever sino en reaccionar. Hubo dos momentos: primero vimos a la máquina burocrática acelerarse y luego bloquearse, y la palabra retomó en cierta forma sus derechos. El político no sabía, los científicos no sabían y fue en esta falta de conocimiento que un saber se construyó, que se tomaron decisiones en últimas no tan banales a fin de bordear ese real de la pandemia, y nuestros conciudadanos jugaron el juego. El tercer tiempo queda por el momento suspendido al “mundo de después”. ¡Advenga quien pueda!

BIBLIOGRAFÍA

BRAGUE, RÉMI. *Le règne de l'homme. Genèse et échec du projet modern.* París: Gallimard, 2015.

CAUSSE, J-D. *Lacan et le christianisme.* París: Ed. Campagne Première, 2018.

FREUD, SIGMUND. *L'avenir d'une illusion* (1927). París: PUF, 1995.

GOBIN, C. “Le discours programmatique de l'Union européenne: d'un privatisation de l'économie à une privatisation du politique”. *La légitimation du discours politique. Sciences de la Société* 55 (2002): 156-169.

LACAN, JACQUES. *Écrits.* París: Du Seuil, 1966.

LACAN, JACQUES. *L'identification. Séminaire* (1961-1962). París: Association Freudienne Internationale, 1995.

LACAN, JACQUES. *Les Non-dupes-errent. Séminaire* (1973-1974). París: Ediciones de la Association Lacanienne Internationale, 1974.

LÉVI-STRAUSS, CLAUDE. *Les structures élémentaires de la parenté.* Berlín-Nueva York: Ediciones Mouton de Gruyter, 1947.

